

Prof. CARLOS MARIO GONZÁLEZ
Historiador
Universidad Nacional de Colombia

EL PENSAR Y LA SOLEDAD

Para Jaime Carmona, entrañable amigo

I

Pensar no es del gusto de nuestra época. La trivialización dominante en la vida contemporánea, esa misma que, rayando en el cretinismo, es transfigurada, gracias al birlibirloque de algunos posmodernos, de defecto lamentable en virtud liberadora de "la seriedad de la razón", poco o nada quiere saber de lo profundo, de lo grave. A la vida se la quiere ligera y superflua: a eso lo llaman romper el yugo de la modernidad. No cabe duda que el espíritu que así habla se siente mas "libre" entre las paredes de la tontería reinante. Nuestra época, en tal medida, inhabilita el pensar tanto por las formas de adaptación como por las de desadaptación que promueve, pues estas últimas no apuntan a afectar nada esencial del proyecto social y cultural vigente. El conservadurismo de la sociedad reinante se encubre en formas de alteridad agotadas en el puro espectáculo que todo lo deja incólume, espectáculo que funge como rebeldía, pero que es ajeno al pensar, pues para acceder a la subversión de éste no basta con una rebelión, sino que hay que producir la inscripción en otro paradigma que sea alternativa al que se abandona.

Nuestra época, con su rechazo al pensar, lo que hace es promover una profunda tendencia propia de nuestra configuración humana, la que, por la vía de la nostalgia de una palabra omnipotente que alguna vez nos dio seguridad en la infancia, nos hace proclives al dogma. De ahí que lo más propio de nuestra condición humana no sea la pasión por la verdad, sino la pasión por rehuirla; más que la facultad de conocer, tenemos la facultad de desconocer, resguardados en nuestros dogmas que nos ratifican y repiten en lo ya sabido. Todo saber tiende a cristalizarse en dog-

ma y, como tal, a resistir el pensar. Por eso, pensar no es una facultad del hombre: es una posibilidad (o no) del sujeto según su particular disposición a asumir o a disolver el saber en que se reconoce. Sólo está en posibilidad de pensar quien soporta la crisis de su saber y, en consecuencia, de su ser. Vistas así las cosas, se puede decir que el Yo no funda el pensar, sino que éste es algo que le ocurre o no le ocurre a un sujeto y viene cuando "él" quiere, no cuando el Yo lo solicita, es decir, el pensamiento es efecto de un sujeto no unificado y de procesos inconscientes no regidos, lógicamente, ni por la conciencia ni por la voluntad. Es la capacidad que tiene un sujeto para morir en las formas tradicionales de su reconocimiento y para desadaptarse de los sentidos compartidos con los demás. Por eso se puede decir que pensar es algo que ocurre y que no a todo el mundo le ocurre. El común de la gente por lo general no piensa, pero esto es distinto a decir que sólo piensan los genios.

Que pensar no es una propiedad democráticamente distribuida entre los hombres (cosa distinta al razonar, que es una condición común a todos los humanos como efecto de su inscripción en el lenguaje), sino que es una posibilidad de algunos sujetos, talentosos o no, es lo que explica que no pueda enseñarse a pensar y que éste no sea transmisible según reglas o fórmulas, como pretende la tontería de nuestra época que cree que todo lo humano es tecnificable sin percatarse que precisamente lo esencial del hombre (el amor, la sexualidad, la muerte, el pensar, el diálogo) no se puede escribir como fórmula.

De la misma manera hay que rechazar que el pensamiento sea el resultado de operaciones lógicas, de la aplicación de métodos o del arsenal de erudición de que disponga el individuo. Que va más allá de inferencias lógicas, deductivas o inductivas, lo señala el carácter de ocurrencia que tienen los pensamientos y cuyo resorte de movilización concierne a los fantasmas del sujeto; que es más que la aplicación de un método bien diseñado lo dejan percibir las fuerzas que desde otra escena, la del deseo y el inconsciente, asaltan imprevisiblemente cualquier plan concebido por la conciencia; que no es consecuencia de la mera erudición se reconoce en el hecho de que la condición esencial para pensar es la construcción de una pregunta y ésta, a diferencia de la llenura de la erudición, es antes que nada el testimonio de una carencia. Es decir, ni la lógica, ni un método ni la información son suficientes para pensar, por el contrario pueden llegar a ser lo opuesto al pensar en tanto la lógica ahogue la audacia imaginativa, el método resista a la emergencia de la sorpresa y la información, regida por la ley de la acumulación, cierre el paso a las

fuerzas transformadoras del paradigma reinante. En este sentido se puede indicar como un falso modelo de ejercicio de pensamiento la resolución escolar de problemas matemáticos, pues en este caso el camino es una pura operación lógica y metódica que se desenvuelve a partir de una información con la que se cuenta de antemano. Siguiendo este modelo la escuela, antes que propiciar el pensar, ha derivado a ser una mera capacitadora laboral, una simple adiestradora de habilidades con vistas a un empleo.

Pensar no es saber más, es saber de otra manera, por eso la memoria que requiere no es la del erudito que la entiende como acumulación de información, sino la del filósofo que, enfrentado a sí mismo, la asume como una reunión del pasado esencial respecto al problema que lo compromete. Que el pensar sea distinto al acto de informarse tiene que ver con que aquél no se da por fuera del sujeto, de tal manera que las máquinas, por sofisticadas que sean, en tanto carecen de escisión y de deseo, no pueden pensar y sólo se pueden expresar, en el mejor de los casos, como complejísticas formas de operación lógica.

Entonces, si pensar no es informarse, ¿qué es pensar? Es una disposición subjetiva caracterizada por la capacidad de forjar una interrogación, lo que significa abandonar las certidumbres en que el ser se recogía y arriesgar a la apertura de éste. Quebradas las certezas precedentes e instalado, como punto imprescindible de partida, en el preguntar, el sujeto que piensa, a diferencia del interesado que no es sino el que atiende la novedad, capturado un instante para olvidarse de ella al siguiente, es el que es capaz de detenerse y permanecer en el objeto que gana su atención. Este permanecer con paciencia alrededor de un objeto que se ha vuelto esencial para el sujeto, implica para éste la amenaza de una crisis de identidad por la pérdida de las representaciones y afectos que hasta entonces ha alojado, pero es también la promesa de un renacer que ofrecerá una experiencia más profunda e intensa del propio ser. Pensar es desmontar un sistema de certezas previas y reestructurar uno nuevo que provee nuevos sentidos al ser, valga decir, es producir un sentido nuevo que desaloja uno anterior, es crear un sentido que desborda aquel que la realidad traía.

Pensar es permanecer con una pregunta y ponerse en camino a una respuesta, teniendo como condición ser capaz de soportar el escándalo de ser un extraño. Pero otra condición se reclama para poder pensar: ignorar, es decir, asumir una carencia y querer escapar al empuje a la llenura. El ignorar para pensar es dudar de lo sabido, al punto de no saber, y en lugar de esto instalar una pregunta que concierne radi-

calmente al sujeto, pues sólo podemos pensar aquello a lo que tendemos desde los fantasmas de nuestra falta, dicho en pocas palabras: se piensa con lo que se es, pero también traicionando un origen y contra sí mismo, esto es, abandonando la opinión y quebrando el paradigma de saber que ha prevalecido en uno.

Pensar no es una posibilidad democráticamente distribuida, pero tampoco es potestad de los hombres o mujeres geniales, es consecuencia de una posición subjetiva frente a la propia falta, que se caracteriza por sostenerse en un camino hacia sí mismo expresado como fidelidad a los propios fantasmas y por un empuje al reencuentro de lo perdido en la forma de una re-creación. Esto es lo que diferencia el pensar de lo que hace un ordenador: que se piensa con ideas propulsadas desde el deseo, no con meros datos para sistematizar.

Pensar reclama en el sujeto una capacidad de controvertir con el otro y consigo mismo, pero también es reordenar las relaciones con los demás y con uno mismo, pues si se ha perdido la comunidad el sujeto trabaja en su soledad por recomunizar su experiencia desde el nuevo sentido que ha conquistado, mientras que la crisis de su identidad la asume desde la promesa y el camino de ser otro que ha ganado nuevas, mejores y más amplias perspectivas. Tener temple para soportar la angustia que dimana de perder las certezas en que habitaba y para tolerar la soledad, por dejar de pertenecer a la comunidad de sentido común, es algo que se le exige al pensador, al mismo tiempo que valor para habitar la incertidumbre a que lo lanza su aventura, fuerza para aguantar el sentimiento de culpa que activa su gesto transgresor y osadía para acometer el riesgo de ese salto que es pensar.

Un pensamiento surge de una discordancia con lo establecido, abriéndose lugar una pregunta que trabaja de manera incesante en el sujeto hasta que una ocurrencia viene a él o un salto se propulsa: la anticipación de una respuesta. Sólo después de articulada la forma de esta respuesta viene la dotación de una base conceptual y argumentativa (o demostrativa) para ella. La respuesta se intuye, el camino a ella se construye después. Pero la intuición del pensador, ese salto que no es una simple inducción o deducción lógica, ese desprendimiento del suelo conocido que no todas las subjetividades se atreven a realizar, no es una ocurrencia cualquiera, es una intuición cultivada por el permanecer y el rastrear tesonero la pregunta que da forma a la falta del sujeto. En resumen, sólo piensa el que ha construido una pregunta que lo concierne, ha hecho el aprendizaje

de lo sabido a propósito de ella, ha dudado de ese saber y se ha atrevido a aceptar una ocurrencia que luego parapeta argumentativamente y comunica a los demás, buscando recomunizarse en este nuevo lugar, tras la soledad a que lo condujo el desprenderse del saber establecido.

II

Pensar, pues, es acarrear la angustia de la pregunta ¿quién soy ahora que no creo en lo que creía? y es romper la tradición originando un nuevo sentido, lo que lleva a asumir el peso de la soledad. Todo pensador piensa desde su soledad (aunque siempre busque dirigirse al otro para que lo confirme), al punto que puede decirse que quien no puede soportar su soledad no puede abrirse a la aventura de pensar.

Pero ¿de qué soledad se habla al decir que cuando se piensa se está solo? En todo caso no es de aquella de la que se queja una buena parte de la gente en los tiempos que corren. La actual sociedad no deja de ser paradójica en este tema: de un lado concentra de manera multitudinaria a las personas, al punto que prácticamente no hay lugar ni tiempo donde alguien no esté ante la presencia de otros, pero de otro lado la queja más reiterada que se oye es la de la soledad, de tal manera que se puede decir que nuestra sociedad bien podría caracterizarse por ser la de solitarios que viven en muchedumbre. Sin embargo, precisemos: soledad cobra en nuestro tiempo dos significados bien distintos: de una parte quiere decir "estar solo", en el sentido de abandonado, de otra significa "estar a solas", en el sentido de recogerse en sí. Ahora, decir soledad sea como abandono o como recogimiento es aludir a una dimensión de la vida de una importancia más o menos constante a lo largo de toda la historia occidental: la de ser individuo. La soledad se experimenta siempre en el orden individual y ante ella, sea entendida como desamparo o como un volcarse en sí, la modernidad ha promovido dos formas de individualización: la del individuo personal, con una identidad centrada en la realización de su singularidad y en la capacidad de pensar por sí mismo, y la del individuo masificado y cuya identidad gira en torno al consumo y a los ideales enajenantes de la masa. La soledad esencial del hombre se puede vivir de forma voluntaria, como recogimiento, deparando así las condiciones para pensar y para la forjación de una identidad como individuo-personal o de forma involuntaria, como abandono, propiciando una salida a la enajenación y la constitución de una identidad como individuo-masa. La primera forma de la soledad se puede llamar

positiva, porque permite avanzar en una exploración enriquecedora para el sujeto; la segunda se puede llamar negativa, porque lo único que le acarrea al sujeto es una inútil y angustiante experiencia de descomunización.

La soledad como desocialización se puede expresar a través de una quiebra del valor de la amistad o como la exaltación de un individualismo a ultranza (cosa por completo opuesta a la personalización) y puede ser promovida en nuestra época por una tecnología (televisión, auto, teléfono, computador) que se presenta como remedio contra ella cuando en realidad sólo promueve su forma negativa: la del ser humano abandonado y sin comunicación efectiva y auténtica con lo demás, o incluso ser promovida por una ideología moderna que concibe la felicidad como desagregación hogareña de la ciudad, que refrenda el paso de la cohesión de la comunidad tradicional a la atomización familiarista de la urbe actual y que define el espacio común de la sociedad no por la invitación a la permanencia y la compartición, sino por el imperativo del movimiento, según una escueta consigna que pide: "¡circulen, circulen!".

La soledad del individuo moderno se acentúa por el fin de los apoyos propios de la extinta comunidad tradicional y por la pérdida de las creencias religiosas y sus ilusiones de protección y acompañamiento trascendental. Pero la destradicionalización de la sociedad y la progresiva individualización puede conducir a varias salidas: 1. Un individuo angustiosamente aislado; 2. Un individuo que quiere denegar su soledad abdicando de su libertad según la ilusión de hacerse a una compañía total y eterna; y 3. Un individuo que asume su singularidad en una dialéctica socializante. De las tres, empero, en la sociedad moderna se ha impuesto una combinación de las dos primeras, de tal manera que lo que se ha promovido es un individuo que, rotos los lazos tradicionales, se precipita ansiosamente sobre su par, con el cual ilusiona el encuentro absoluto, así sea a costa de su autonomía, mientras que las relaciones con lo demás las caracteriza por la distancia, la indiferencia, la desconfianza y la superficialidad. Puesto, pues, en esta lógica, el individuo moderno sostendrá su rutina vital, esa de la ansiosa fusión con su compañero, a costa de mantener reprimida la conciencia de los problemas esenciales de la condición y de la existencia humana y sometido a una compulsión consumista con la que quiere superar, sin tener que dar lugar ni al filosofar ni al dialogar, la trivial rutinización de su vida. Quedan así acentuados los rasgos anónimos, y no personalizados, propios de la urbe moderna, y con ello propiciada

la doble cara de la misma moneda: la absorción uniformante de la masa y la diferencia histriónica en la misma, moneda con la cual, sea cual sea la cara que prime en un momento, se busca acallar la voz de la propia singularidad que no deja de recordarnos que la soledad es consustancial a nuestro ser.

III

El individuo moderno se caracteriza por una ampliación de las posibilidades de la vida como experiencia, como opciones para elegir –por tanto como responsabilidad– y como dominio para el goce, es decir, de la vida como aventura, pero también por una pérdida de las seguridades y garantías ultramundanas y por una soledad acrecentada. A esta inseguridad y soledad que le toca encarar les ha respondido con una acentuada valoración afectiva de la familia como dominio que le depara protección y compañía a costa de las posibilidades de ampliación de su experiencia vital. Es decir, contra la soledad moderna se apela a la familia como solución, introduciendo, empero, un grave y profundo efecto desocializador. Un monopolista reclamo de interés y valoración por ella hace de la familia un bastión contra el mundo, que el individuo sostiene, en aras de su anhelo de protección y compañía, desde un dispositivo de pareja matrimonial que, erigido como mecanismo de control, vigilancia y propiedad entre los cónyuges, considera como rasgo de madurez y responsabilidad el olvido del deseo y la libertad.

Es, pues, una paradoja de la sociedad moderna: que a una instancia como la familia no se le considere como importante entre muchas otras cosas importantes de la vida, sino que se la haga monopolizadora del afecto, las significaciones y las realizaciones del ser, produciendo una descohesión y atomización social que hace que de ser un recurso contra la soledad sea una causa principalísima de ella. La idealización de la familia y de la pareja volcada sobre sí misma es una fuerza opuesta a la ciudad como espacio interhumano propiciador de relaciones y experiencias más amplias y abiertas, como lugar de encuentro y animación de la vida. La lamentable y empobrecedora mitificación moderna de la familia como clave de la felicidad, de la pareja como completud propia y del hijo como la razón de ser de los padres, ha destinado el hogar a ser lugar de confinamiento y resistencia contra la ciudad y ha definido como papel de la familia moderna el de vigilar, reducir y ordenar las relaciones de sus miembros con un mundo que siempre se vive y se representa como peligro y amenaza contra la dicha y la estabilidad hogareña.

Mitificación de la familia que persiste pese a la abrumadora constatación cotidiana de que ella más que un espacio de conversación es un mero lugar de agrupamiento, lo que, por lo demás, no es asunto de simple descuido o falta de voluntad de sus miembros que pierden de vista la importancia de la conversación, no, la incapacidad para el diálogo no es un accidente de la familia moderna, sino que es un rasgo consustancial a ella, efecto de su estructura y funcionamiento, pues sólo se puede conversar a partir de lo que a uno le pasa en el Mundo y si el propósito de la familia es reducir este Mundo a cero...

Claro que, en rigor, el monopolio familiarista moderno requiere un lugar que le haga contrapunto y que le permita canalizar los aires enrarecidos que se gestan en su interior y que dan lugar a un agobiante malestar. Ese lugar es el trabajo. Se diseña así un esquema de la vida que tiene como polos la casa, en tanto refugio y compañía, y el trabajo, como huida de sí mismo y valor moral por excelencia. En la secuencia casa - trabajo - casa, la ciudad cada día se difumina más en beneficio de la urbe como moles arquitectónicas entre las cuales circulan rápido, cada vez más rápido, masas de solitarios que se miran con recelo unos a otros. Esa es la topografía moderna: dos lugares hiperprivilegiados, casa y trabajo, y entre ellos una "urbe - circulación". Esta topografía dispone una cronografía pertinente y así el tiempo se distribuye según una imperativa regularidad que asigna el día al trabajo y la noche al hogar, con una dosis de tiempo entendido como distracción y que se invierte en un ocio improductivo, logrando así un individuo metódico, prudente y disciplinado y una vida caracterizada por la precisión, la confiabilidad y la eficiencia.

Familia y trabajo, los dos valores supremos que hoy predicán como salvación moral todos los sicólogos, sociólogos, sexólogos, trabajadores sociales que operan como funcionarios del único orden posible para ellos -el presente- y como agentes de la normalidad única que conciben -la de los adaptados-, familia y trabajo, decía, constituyen, en gracia de la mitificación de que los ha investido la modernidad y de las funciones que les ha asignado en el conjunto de la experiencia de la vida, los más eficaces mecanismos actuales de enajenación del sujeto: despojan de la posibilidad de pensar por sí mismo y de moverse con libertad, es decir, hieren al ser humano en su autonomía. Incapaz de asumir su propia singularidad, el hombre moderno busca olvidarse de sí entregándose compulsivamente al trabajo, a la familia o a la diversión que le reporte un entusiasmo vacío.

Pero este olvido de sí se paga con la ausencia de una identidad propia y con la dotación de una provista por el mercado y el consumo, forjadores de un individuo - masa que no responde a su deseo, sino que es más bien ejecutante de demandas programadas y aspiraciones codificadas, todo ello según una lógica que sostiene el consumo no tanto por la significatividad que pone en juego cuanto por el aprestigiamiento que depare. Por eso esta identidad - moda es, al mismo tiempo, tan abierta y tan poco afirmada que sustituirla por otra no acarrea duelo: porque ella no es nada esencial y sólo representa un culto a la sensación sin historia y sin proyecto. Pero, también, por eso hoy tenemos masas ansiosas por ser entretenidas: porque la diversión funciona en la actualidad como mecanismo para distraer el fracaso de una vida que no sabe estar a la altura de su singularidad y requiere una excitación sin sentido y un entusiasmo hueco. Cuando se pierde el deseo de una vida significativa y la capacidad de crearla, sólo queda el vacío y con éste el tedio y la angustia que se tratan de esquivar con cualquier diversión distractora. El individuo moderno es un cumplidor de hábitos-masa, pues incapaz de sostener proyectos propios, resultado de su singular posición ante el mundo y la vida, se entrega dócilmente a las rutinas establecidas por otros, incluidas las de la diversión.

IV

En la sociedad actual el hombre o la mujer están a toda hora, sino en medio de una muchedumbre, sí con personas cerca. Lo característico, empero, es la promiscuidad de cuerpos-cosas, pues siempre hay alguien cerca, y la ausencia de personas-diálogo, ya que difícilmente se encuentran. Esta carencia de seres con quienes entrar en diálogo le niega dos efectos enriquecedores de su ser: la conciencia del otro y la conciencia de sí. Quien conversa quiere saber de sí y del otro, quien se funde en la masa huye de sí y del otro.

El ser humano, a diferencia de los animales de rebaño, está llamado a su propia y singular identidad, pero ésta no se constituye sino a partir del Otro. A raíz de esta singularidad como efecto del Otro se estructura una escisión fundamental del ser humano que lo lleva a empujar en dos direcciones irrenunciables para él: estar solo, es decir, separado, y estar junto - a, esto es reunido. Por eso ni la singularidad ni el anhelo de acompañamiento son una elección del ser humano, más bien son su "fatalidad". Mucho se ha dicho sobre su tendencia hacia el otro,

pero aquí toca destacar que todos los hombres están solos y que ésta es una verdad que brilla, insuperable, en el fondo último de la condición humana. La realidad humana es solitaria por su propia constitución y por eso cabe para ella una noción como la de la libertad, que no es otra cosa que la capacidad de estar a solas, es decir, de reconocer y realizar la propia singularidad. Más preciso: sólo puede ser libre quien puede estar en sí mismo, en su soledad, quien puede asumir la conciencia y el sentimiento de estar separado y soportar la verdad de que la identidad es un desgarramiento, pero también que la soledad no es sólo lo negativo, sino algo indispensable a quien quiera salir de la uniformidad trivializante y resistir a la condición de masa. Captarse como ser único implica desagregarse del común y aspirar a realizar una existencia auténtica, que no dejará de cobrar en angustia la osadía del autorreconocimiento de tal singularidad.

Si la soledad es consustancial a la condición humana, la libertad, como capacidad de asumir el desprendimiento y el estar solo, no es originaria en el individuo, es una conquista que puede o no lograr en su existencia.

La condición humana empuja en una doble dirección: cavar en sí y salir de sí y ser libre no es otra cosa que conquistar una existencia en la que se puedan transitar regularmente estas dos direcciones, esto es, ser libre exige cultivar en nuestro ser el campo de la soledad sin descuidar, al mismo tiempo, la afirmación de lo que hacemos con los demás, y esto porque la singularidad sólo se realiza en el juego simultáneo del entrecruzamiento y la oposición con el otro, de la búsqueda de comunión y la separación. La soledad sólo se entiende como fenómeno social, ya que ella sólo se puede dar como desprendimiento y diferenciación respecto al otro.

El individuo libre mantiene una alternancia entre la soledad y la comunicación, o dicho de otra manera: el individuo libre es el que es capaz de estar a solas y recogerse sobre sí para tener un mejor, más rico

y difícil acercamiento al otro. Pero esto delinea el dominio de una experiencia muy singular y exclusiva del ser humano: la conversación, entendida como el esfuerzo de aproximación de dos o más soledades que se aceptan como tales y que conquistan, más allá del genio o del talento, la emergencia del pensar y el brillo de la verdad.

No obstante, la conversación está hoy en declive en los tratos humanos, de un lado porque lo que prima en los individuos no es la soledad como una aceptación de la singularidad, sino como abandono y ésta, lógicamente, produce la ruptura de cualquier comunicación y la precipitación a la masa; de otro lado porque cuando las personas se hablan buscan no interpelarse como sujetos sino comunicarse en términos impersonales; y, sin embargo, lograr ponerse en comunicación con otro u otros semejantes es un caro anhelo del corazón humano, tanto que si no se logra se verá embargado por la tristeza, la melancolía o la angustia.

Conversar, antes que nada, es escuchar la palabra del otro tratando de entenderla para tomarla en cuenta, incluso bajo la forma de pedirle cuentas racionales, de tal modo que, se podría decir, conversar es la forma de hacer filosofía en la vida cotidiana y concreta. Conversar exige –y es lo que lo diferencia del mero hablar– sujetos que sean capaces de ponerse entre paréntesis, suspendiendo sus certezas y no pretendiendo simplemente autorratificarse, pues lo que hacen es buscar(se) cada cual a través del otro, en la producción de una verdad que no existe apriori. En la conversación escuchar lo que el otro dice no riñe con el derecho de interrumpir y con el deber de aceptar ser interrumpido, permitiendo que en la

alternancia se manifieste la alteridad, en un rumbo que nunca dejará de ser azaroso respecto a cual será su punto de llegada. En toda verdadera experiencia conversacional los interlocutores se sostienen en una relación horizontal, de igualdad y respeto mutuo, teniendo frente a las diferencias únicamente la palabra dispuesta como argumento, animados por el propósito de liberar la verdad, una verdad que ninguno posee de antemano de manera indiscutible, pero con la cual hay un compromiso que lleva a asumir las consecuencias de su emergencia. En últimas, conversar no es sólo el dominio en el que los seres humanos comunes y corrientes pueden desatar los efectos excepcionales del pensar, sino que es estar junto - a en un esfuerzo por superar, así sea por un momento, la soledad a la que nos lanza nuestra irremediable singularidad.

Esa soledad, no como abandono, sino como afirmación de la propia singularidad es condición infaltable de la verdadera conversación, que como tejido de palabras entre soledades que se buscan, va creando las condiciones para el asalto, siempre inesperado, del pensamiento. Pensar, en consecuencia, no es monopolio de esas producciones del espíritu que llamamos Ciencia, Arte y Filosofía, en un sentido académico, ni es potestad exclusiva de los seres geniales, sino que bien puede darse en esa forma cotidiana de la vida de los hombres comunes que es la conversación o en esa forma del saber estar a solas,

ya no como esfuerzo de aproximación a otro sino como ese estar sin más consigo mismo, que llamamos meditación y que no es otra cosa que el diálogo que establecen Yo y Mi, pero en cualquier caso pensar siempre es brillantez, porque es la irrupción de un sentido nuevo que modifica la manera que traíamos de ver o vivir algo. Pero también, en cualquier caso, pensar es difícil porque exige romper con los sentidos en que nos reconocíamos y asumir una soledad dispuesta a entrar en relación con el otro, aunque siempre haya algo de imposible en esto, sin ceder a la soledad como abandono e incomunicación ni a las formas de enajenación a los que ésta precipita y que la época moderna, con sus diversos mecanismos, fomenta. Pensar pues, siempre acarrea algo de sufrimiento, pero a cambio nos depara el beneficio de un nuevo orden más comprensivo y la apertura de nuevas posibilidades, de tal manera que bien se puede decir que el pensar, que exige al ser humano asumir la vertiente de su soledad sin menoscabo de su aproximación al otro, es una angustia ...festiva, porque él nos permite ser más y entre más se es, más se vive Ψ